



CARACTER

de los

Principales Personajes

de

«El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha»

Conferencia leída por Don Cecilio Rodríguez en el Instituto Nacional de Segunda Enseñanza el día 10 de Abril de 1926.

I

EXCMO. SR.:

SRES. ACADEMICOS:

SEÑORAS: SRES. COMPAÑEROS AMIGOS:

Abrumado por los elogios, los agasajos y distinciones que se me prodigan, no encuentro palabras adecuadas para expresar la gratitud que siento al tener el alto honor de ocupar esta tribuna, y renuncio, aunque con pena, al deseo de manifestarla.

En presencia de tan culto y distinguido auditorio; al ver ante mí lo más granado de la intelectualidad cordobesa, me arrepiento de haber tenido la debilidad de aceptar la honrosa invitación que, tan cariñosa como equivocadamente, me hizo el dignísimo Presidente de esta docta Academia, Excmo. Sr. D. Manuel Enríquez Barrios, mi distinguido y respetable amigo, y de haber empeñado mi palabra en dar esta conferencia; porque temo que el empeño resulte superior a mis facultades, incapaces de concebir, coordinar y expresar algo digno, por su fondo o por su forma, de ser benévolamente escuchado por tan selecta concurrencia, a la que quisiera no defraudar. Pero, ¿qué digo no defraudar?. A la que quisiera deleitar unos minutos con la elocuencia sugestiva, mágica y fascinadora que es patrimonio exclusivo de los grandes oradores. Mas, si cada ser en-

gendra su semejante, ¿qué podrá dar de sí este pobre y desmedrado ingenio mio que no sea, como de él, seco y desabrido fruto?..

Para disculpar mi audacia al ocupar tan sin miramientos esta elevada tribuna, haciendo horror a mi palabra, he pensado que, en este hermoso cuadro del *Curso de Conferencias* organizado por la sabia Corporación, que pintan con brillantes luces y colores los grandes artistas de esta fecunda tierra cordobesa, hacen falta sombras que produzcan la impresión del *claro-oscuro*, en que algunos ponen el mérito principal de la pintura, y... me he resuelto a proyectar esas sombras sobre el cuadro, para hacer que resalten más y más las bellezas del dibujo y del colorido que los geniales pintores andaluces derrochan con su incomparable maestría... He pensado que, dando a mi conferencia el único mérito para mi asequible, el mérito de la brevedad, me aseguraré la benévola indulgencia y la cortesía nunca desmentida de los nobles pechos cordobeses, y a ella me acojo confiado para cumplir mi honroso cometido.

II

Elección y explicación del tema.

En mi afición a las letras, procuré buscar en ellas tema para un discurso. La atracción que en mí ejerce esa obra cumbre del Ingenio humano, me determinó a hablaros del «Carácter de los principales personajes de «El Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha» como asunto que a todos, Sres. Académicos, madres y padres de familia y maestros que me escuchais, pudiera interesar gratamente.

Dos términos hay en el tema que exigen alguna aclaración: Carácter y Personajes principales. Hemos de repetirlos muchas veces, mas no temáis.

No he de ofender la ilustración de mi auditorio diciéndole que el *carácter* es el conjunto de cualidades, especie de fisonomía moral, que diferencia un individuo de otro como sus rostros los diferencia; que el *carácter* se constituye en el hombre por las manifestaciones todas de todas sus facultades, tanto corporales como espirituales, ni que tome sus principales elementos de las facultades *apetitivas*, porque el hombre se *caracteriza*, más que por lo que conoce, por lo que *apetece* y por el modo de *apetecerlo*. Sólo diré que el carácter tiene su *norte* en el *ideal*; su *base* y su *cimiento* en las *pasiones*, principalmente en las del *apetito irascible*, y su *cúspide* en la *perfección de la voluntad*.

Tampoco hablaré de las distintas acepciones de la palabra persona, desde la de máscara o careta de los autores griegos hasta llegar a su significado actual de ser racional, ni diré que la palabra *Personaje* suele tomarse en la acepción de persona importante, por ser cosas de todos sabidas.

Todo el que haya leído «El Quijote», y yo hago a cuantos me escuchan la justicia de pensar que lo han leído, todos, digo, conocen más o menos

perfectamente a estos *Personajes principales* de que he de tratar. Pues, aunque sus maravillosos retratos están diluidos en todas las páginas del «Libro inmortal»; y aunque en aquel inmenso y variadísimo panorama de «El Quijote» la escena aparece siempre engalanada, según las circunstancias exigen, con la magia incomparable de las galas del estilo, con todas las hermosuras de la tierra y del mar y con todas las bellezas de los cielos; y desfilan por ella multitud de personajes admirablemente caracterizados y descritos, como venteros y maritornes; arrieros y mozas del partido; cuadrilleros y galeotes: cabreros y pastores; clérigos y estudiantes; disciplinantes y bandidos; nobles, oidores, capitanes, duques, etc. etc., todos ellos giran en torno de don Quijote y de Sancho Panza, los dos luminares mayores que son eje y centro del sistema, de donde los demás reciben luz y calor, y sólo sirven de comparsas o coros a estos dos grandes e inmortales actores en la representación de *la gran farsa de la vida*, que es el drama esculpido con letras de oro en el Quijote para perpetua enseñanza de los hombres.

II

Justificación del tema

Mas, ¿porqué hablar del carácter? Quisiera yo que D. Quijote y Sancho fuesen perfectamente conocidos; y para lograrlo, como si fueran humanos, estudiaré su cuerpo y su alma, su talla y su figura, su temperamento y su idiosincrasia; sus apetitos, deseos, aspiraciones e ideales; sus ideas, pensamientos y discurso: en una palabra, hemos de estudiar su *carácter*, tan relevante que, si acierto a describirlos, a encerrar como en un gran marco las notas típicas con que su padre los engendró, los conoceremos mucho mejor que conocemos a bastantes hombres con los cuales convivimos, porque D. Quijote y Sancho son dos caracteres acabados, y los hombres contemporáneos tenemos por *característica* la falta de *carácter*, o lo presentamos tan borroso, que apenas nos distinguimos ni diferenciamos de la masa común, amorfa y anodina de la generalidad de los hombres.

Hablo del *carácter* porque quisiera que esta Conferencia fuese al par que homenaje sincero de admiración, aunque pobre como mío, tributado al gran Cervantes, delicada ofrenda dedicada a la Academia, a los padres y madres de familia y a los maestros que me escuchan. Porque ¿de que se os podrá hablar mejor que de aquello que constituye constante afán, de lo que debe ser fin de todos los esfuerzos, la formación del *carácter* virtuoso de los niños, y del ideal sublime que sirve de norte y guía en el cumplimiento de esta misión altísima?

Hablo, finalmente del *carácter*, como Profesor de E. N. interesado en proclamar muy alto que aun son muchos, por fortuna para España, los que en este profesorado comulgan en las doctrinas de la Pedagogía tradicional, que desde Confucio a Zoroastro, desde Solón hasta Numa Pompe-

lio, desde Platón a Cicerón, desde Séneca a S. Isidoro, desde Sto. Tomás de Aquino hasta Luis Vives y desde Fenelón a Manjón, ha sostenido que la virtud es el más alto ideal de la perfección humana, pues como dijo Cervantes, «letras sin virtud son perlas en muladar»; y he señalado la meta de la verdadera educación, su fin más importante, si no el único, en la formación de hombres llenos de *carácter*, señores de si mismos y dotados de perfecta libertad moral en la prosecución de lo bueno y de lo justo; pues, como dice Paulsén, los conocimientos y las habilidades tienen razón de medios, de los cuales se puede servir el hombre bien o mal, según el uso que haga de su voluntad; y el desarrollo de la inteligencia sin la educación del *carácter moral* es cosa peligrosa, pues equivale a acerar un bisturí que, si en manos de un hábil cirujano puede salvar a un enfermo de las garras de la muerte, en las de un criminal puede mutilarle el cuerpo y aun quitarle la vida al hombre más robusto.

I V

Importancia del ideal en la educación y en la vida

Nadie desconoce que, como dice Foerster, para la educación del *carácter* es indispensable proponer a la juventud un *ideal*. Este es el *norte* que dirige nuestros pasos en este mar de la vida; y según el derrotero que nos marque, así será nuestro término feliz o desgraciado. Mas no basta un *ideal* cualquiera que pierda de vista la naturaleza humana, el origen, fin y destino del hombre. Los forjadores de *ideales de la educación* se han estrellado siempre contra esta barrera infranqueable.

Con su altísima sabiduría expresó San Agustín bellamente la importancia del ideal diciendo: «Si amas la tierra, terrenal serás; si amas el cielo, celestial serás». Porque esa luz vivísima del *ideal* que nos fascina y cautiva, es al tiempo mismo crisol y molde en que se funden y troquelan los grandes *caracteres* vencedores en las tremendas luchas de la vida.

Que en este batallar incesante y gigantesco del *espíritu* contra la *materia*, del *bien* contra el *mal*, es tan árdua la conquista del *bien* que a pesar de los destellos de la luz que de él irradia, del esplendor de su belleza y de la fuerza de su verdad, el espíritu desfallece si no se alimenta con el bálsamo eficaz del *ideal*, que inspira alientos para arrostrar los mayores peligros y alcanzar los más resonantes triunfos.

Dos *ideales* se disputan los amores de hombres y pueblos, que alternativamente buscan su dicha y su felicidad, ora en la posesión de la *libertad*, de la *riqueza*, del *poder supremo*,... ora en la *consecución del fin religioso*; aunque estos *ideales* separados y contrapuestos jamás logran llenar plenamente el gran vacío de las almas y de los corazones en la vida presente.

En pos del *ideal terreno*, el hombre lima y rompe las cadenas de la esclavitud; la ciudad derriba las murallas que la oprimen y aprisionan; extien-

den sus fronteras las naciones; rompen sus istmos los continentes para comunicar distintos mares y, haciéndose patria común la Tierra toda, el hombre vence los obstáculos que a su libre comunicación ponen el espacio y el tiempo; domina y emplea a su antojo para su comodidad o su capricho las más sutiles fuerzas naturales; mas no contento con ser señor de la tierra y del mar, ha logrado robar a las aves el dominio del aire, y remonta su vuelo por el espacio infinito para coronarse rey de toda la creación.

No son menos sorprendentes que en el orden real los milagros realizados por el *ideal* en los órdenes *social y moral*, cuando el anhelo de felicidad lleva a los hombres hacia la *eterna posesión del Sumo Bien*. Gracias a este *ideal religioso*, hombres y pueblos se levantan de la postración del vicio; rompen las cadenas de los enemigos que los aprisionan; aborrecen el mal, primero; aman y practican el bien, después; llegan a ser señores de sí mismos, que es la más alta posesión que el hombre puede alcanzar sobre la tierra y, remontándose con las alas de la gracia, alcanzan la santidad que los lleva a compartir con los ángeles la posesión del empíreo, y a coronarse reyes inmortales de la Gloria.

V

Carácter real de D. Quijote, de Dulcinea y de Sancho.

Perdonad, señoras y señores, tan larga y pesada digresión. Dejemos ya de hablar de *caracteres e ideales* en general, y vamos a recrearnos con la pintura del ideal concreto y *del carácter real de los Principales Personajes del Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*. Mas como no quiero ofrecéroslos contrahechos, sino en su propia y perfecta figura, pues sería en mi imperdonable audacia rayana en profanación, pretender sacar aunque fuera *simple copia*, contraviniendo la expresa voluntad de su padre, consagrada en la famosa inscripción puesta junto a su péñola: «tate... tale... de ninguno sea tocada» os los presentaré en el incomparable original. Mi única labor se reduce a engarzar las diferentes joyas que como partes los forman, diseminadas y esparcidas por todo el libro, para ofrecerlas unidas en el hermoso conjunto de los retratos respectivos que, los más perfectos y acabados, quisiera brindar a tan benévolo auditorio. Perdonad si mi torpeza no logró realizar mi deseo.

Después de conocer a nuestros Personajes, estudiaremos su *valor ideal* y su *carácter simbólico*, juntamente con la *trascendencia de esa* inmortalidad que la humanidad les otorga.

A) En un lugar de la Mancha vivía don Alonso Quijano el Bueno, hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor, gran madrugador y amigo de la caza. Frisaba su edad en los cincuenta años y era de complexión recia, alto de cuerpo, seco de carnes, de largo, enjuto y amarillento rostro, estirado y avellanado de miembros, en-

trecano, de nariz aguileña y algo curva y los bigotes grandes, negros y caídos. Llamábase por sobrenombre Quijano, y ocupaba sus ocios en la lectura de libros de caballería con tanto afán y gusto que, olvidando la caza y el cuidado de la hacienda, vendió mucha parte de esta para comprar libros de caballerías en que leer, y tanto se enfrascó en sus lecturas que del poco dormir y del mucho velar se le secó el cerebro y vino a perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que había leído en sus libros, así de encantamientos como de pependencias, batallas, desaflos, heridas, requiebros, amores, tormentos y disparates imposibles, y creyó con tales veras ser verdad toda aquella máquina de soñadas invenciones que para él no había otra historia más cierta en el mundo.

Rematado ya su juicio le pareció necesario, para aumento de su honra y servicio de la república, hacerse caballero andante con el nombre de Don Quijote de la Mancha, e irse por todo el mundo con sus armas y caballo, a buscar las aventuras y ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravios, amparando doncellas, socorriendo viudas, matando gigantes, ganando batallas y poniéndose en ocasiones y peligros donde, acabándolos, cobrase eterno nombre y fama.

B) Y opinando que caballero andante sin dama es como árbol sin hoja, edificio sin cimiento y sombra sin cuerpo, escogió para señora de sus pensamientos a una moza labradora de un lugar vecino, llamada Aldonza Lorenzo, a la que apellidó con el melifluo nombre de *Dulcinea del Toboso*, y de la cual decía, sin conocerla, que en calidad por lo menos ha de ser princesa, pues es reina y señora mía; en hermosura, sobrehumana, pues en ella se vienen a hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan a sus damas: que sus cabellos son oro, su frente campos elíseos, sus cejas arcos del cielo, sus ojos soles, sus mejillas rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos y su blancura nieve. En resumen: ella es hermosa sin tacha, grave sin soberbia, amorosa con honestidad u agradecida por cortés, cortés por bien criada y alta por linaje.

Mas para que se vea como el amor identifica al amante con el ser amado, expondré a continuación el retrato que Sancho Panza hace de la misma sin par señora Dulcinea del Toboso: Ta, ta, dijo Sancho, ¿que la hija de Lorenzo Corchuelo es la señora Dulcinea del Toboso, llamada por otro nombre Aldonza Lorenzo? Bien la conozco, añadió, aunque jamás la había visto, y sé decir que tira tan bien una barra como el más forzudo zagal de todo el pueblo. Vive el dador que es moza de chapa, hecha y derecha y de pelo en pecho, y que puede sacar la barba del lodo a cualquier caballero andante o por andar que la tuviere por señora. ¡Qué rejo tiene y qué voz! Sé decir que se puso un día encima del campanario de la aldea

a llamar unos zagales suyos que andaban en unos barbechos de su padre, y aunque estaban de allí a más de media legua, así la oyeron como si estuvieran al pie de la torre. ¡Adios espiritualidad de Dulcinea! Sancho te ha pintado como Aldonza. Por algo es él costal de bellaquerías y saco de malicias, como ahora veremos.

Elegida dama tan a su gusto, faltábale únicamente a Don Quijote para poner por obra su resolución, acomodarse de fiel escudero, ya que los caballeros andantes pocas y raras veces no los tenían, y Dios se lo deparó mejor de lo que su fortuna acertara a desear.

C) Vivía en el mismo pueblo un ignorante labrador llamado Sancho Panza, de complexión sanguínea, barriga grande, talle corto y zancas largas; pobre y con hijos, hombre de bién, pero con muy poca sal en la molera, y muy apropósito para el oficio escuderil de la caballería. A este tal solicitó Don Quijote, y tantas cosas le dijo y prometió que dejó su mujer e hijos, y provisto de sus alforjas, su bota y su Rucio, se asentó por escudero de su vecino, deseoso de obtener pronto el gobierno de la prometida *ínsula*, pues aunque si le alcanzaba algún reino temía que no asentaría bien sobre la cabeza de su mujer Tereza Panza, que no valía dos maravedís para reina, bien seguro estaba de que él sabría gobernarlo por grande que fuese, fundado en estas sabias razones: tanta alma tengo yo como otro y tanto cuerpo como el que más, y tan rey sería yo de mi estado como cada uno del suyo; y siéndolo, haría lo que quisiera; y haciendo lo que quisiera, haría mi gusto; y haciendo mi gusto, estaría contento; y estando uno contento, no tiene más que desear; y no teniendo más que desear, acabóse, y el estado venga, que si no supiere gobernarlo, arrendaría el gobierno por un tanto cada año y estaría a pierna tendida gozando de la renta sin cuidar de otra cosa.

Con tan distintos y contrapuestos deseos, fines, propósitos, *caracteres e ideales* pusiéronse en concertado movimiento el Norte de la Andante Caballería y la estrella de la escuderil fidelidad, movidos por la común ansia de fama y de poder que los funde en un sincero y tierno amor, para derrumbarlos juntos en la sima del más espantoso ridículo.

Don Quijote y Sancho Panza parecen forjados en una misma turquesa, con esa mezcla de espíritu y materia que a los hombres forma, sin otra diferencia que la de que, forjado primero Don Quijote, el espíritu que como más sutil y volátil se hallaba en la parte superior de la mezcla, se transformó en sustancia de nuestro caballero, que así resultó largo, seco y espiritualizado; y quedó en el fondo casi toda la materia que, con menor parte de espíritu, entró en la composición de nuestro escudero, bajo, rechoncho y amazotado. Esta identidad de su origen los hace de tal modo inseparables y constitutivos de un todo tan armónico aunque antitético, que la exaltación personal, el altruismo y las locuras del señor, en opinión de

su propio forjador y padre, sin la simplicidad, el egoísmo y las necesidades del criado no valdrían un ardite.

Mirémoslos, pues, frente a frente el uno del otro.

Enfrascado Don Quijote en su ideal caballeresco, persigue día y noche las aventuras, sustentado por sabrosas memorias, sin rendirse a la fatiga ni satisfacer las necesidades de su vida física, que parece sustentarse de modo prodigioso, pues afirma que es honra de los caballeros andantes no comer en un mes... Sancho Panza, glotón y golosazo, promete proveer las alforjas de fruta seca para su amo que es caballero, y para él, que no lo es, de cosas volátiles y de más sustancia. Encuentra su gloria en las bodas de Camacho, en casa de don Diego Miranda, de don Antonio Moreno... y cuando come y bebe a sus anchas, bien acomodado sobre su jumento, ni se acuerda de las promesas de su amo, ni tiene por trabajo, sino por mucho descanso, buscar aventuras por peligrosas que fueran.

Sostenía y practicaba Don Quijote que no es dado a caballero andante quejarse de herida alguna, aunque se le salgan las tripas por ella; y Sancho promete quejarse del más leve dolor que tuviese, si a los escuderos no les estaba también prohibido quejarse.

Tanto victorioso como derrotado, es Don Quijote fanfarrón y provocativo, y achaca todas sus desgracias a la malicia de encantadores envidiosos, sin que las continuas palizas que recibe le restituyan la perdida cordura; pero Sancho Panza, corazón de mantequilla y ánimo de ratón casero, es tan cobarde que da diente con diente ante la procesión de los encamisados y llega al colmo del temor en la medrosa aventura de los batanes, sin que su locura llegue a tanto que, cuando se ve manteado, no escuche las voces de la prudencia, y—pues es tiempo de la siega—dice—y de entender en la hacienda, volvámonos al lugar, y dejémonos de andar de ceca en meca; mas las continuas y magníficas promesas que su amo le hace, le arrastran detrás de él, caminando de locura en locura.

Es el caballero de la Triste Figura enamorado platónico, tan casto en palabras, obras y pensamientos, que renuncia a casarse con reinas y princesas y deja morir a Altisidora por no faltar a la fe de Dulcinea; pero su sensual escudero Sancho, desea enviudar para casarse con la doncella de la emperatriz de su grande y rico estado de tierra firme, sin ínsulas ni ínsulos, que ya no los quiere.

Mientras Don Quijote es todo generosidad y desprendimiento, Sancho Panza es prototipo de hombres interesados: con tal de llegar pronto al logro de sus deseos de pasar la vida honrada y descansadamente, renuncia a la ínsula prometida a cambio de que su amo le dé la receta del milagroso bálsamo de Fierabrás; da por bien sufridos todos sus dolores y trabajos cuando su señor le regala los escudos hallados en Sierra Morena, pero aun le exige la libranza pollinesca antes de llevar su embajada a Dulcinea,

sabiendo, como sabe, que tiene asegurado su salario en el testamento de Don Quijote... y por que nadie dude de su ambición él mismo confiesa que si incurrió segunda vez en el peligroso oficio de escudero, fué cebado y engañado de una bolsa con cien ducados que halló un día en el corazón de Sierra Morena, y el diablo — dice — me pone ante los ojos aquí, allí, acá no sino acullá, un talego lleno de doblones, que me parece que a cada paso lo toco con la mano y me abrazo con el, le llevo a mi casa, y echo censos y fundo rentas y vivo como un príncipe.

Siempre veraz y no desconfiado el Caballero de los Leones se deja engañar por Sancho, que, mentiroso y bellaco, muestra gran imaginación para inventar embustes con que satisfacer o burlar a su amo, como lo prueba la supuesta embajada y los fingidos encanto y desencanto de Dulcinea; pues, aunque de ingenio boto a veces despuntaba de agudo, y era tan hablador que decía: querer vuestra merced que no le hable cuando me diese gusto es enterrarme en vida.

En resumen: Fué siempre nuestro héroe, como Don Alonso Quijano o como Don Quijote, de apacible condición y de agradable trato y bien querido de cuantos le conocían; mas después que se hizo caballero andante, discreto y enamorado, se reconoció comedido, liberal, licenciado, generoso, cortés, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de privaciones, de encantamientos; y con el valor de su brazo, pensó verse en pocos días rey de algún reino, adonde poder mostrar el agradecimiento y liberalidad que su pecho encierra. Y aunque nació para vivir muriendo, es tan alto el concepto que de su dignidad como caballero andante tienen que, mientras Sancho Panza afirma que caballero aventurero es una cosa que en dos palabras se ve apaleado y emperador, Don Quijote sostiene que el caballero es ministro de Dios en la tierra y brazo por que se ejecuta en ella su justicia.

Sancho Panza, cristiano viejo, de honradez sin tacha, simple y gracioso, es hombre pacífico, manso y sosegado que sabe disimular cualquier injuria y perdonar los agravios; y aunque reconoce que, a la verdad, es algo malicioso y tiene ciertos asomos de bellaco, todo lo encubre y tapa la gran capa de su simplicidad siempre natural y no artificiosa. Creyente en Dios y su Iglesia, y enemigo mortal de los judíos, no tiene más alto ideal, pues nació para morir comiendo, que el de pasar la vida lo más cómoda, holgada y descansadamente que pudiere.

Amo y mozo son, en fin, dos monomaníacos que discurren bien y hablan cuerdamente mientras no se trate de su manía respectiva. Don Quijote muestra cuando habla su erudición y doctrina hijas de su continua lectura que hace de él enciclopedia viviente, que atesora casi todo el saber de su tiempo: él es teólogo, moralista, filósofo, pedagogo, geógrafo, astrónomo, historiador, político, literato, poeta y, señores, hasta doctor en

Medicina, como probó el elocuente e ingenioso doctor Royo Villanova, Rector de la Universidad de Zaragoza. Mas a pesar de su gran caudal de ciencia teórica, su falta de razón práctica le impide caminar por la verdadera senda de la vida, como tampoco le sirve a Sancho para vivir cuerdamente el tesoro del saber y de la experiencia popular encerrado en sus aforismos y refranes que ensarta a veces tan disparatadamente.

Don Quijote tiene a Sancho por necio; Sancho tiene a Don Quijote por loco de atar... Pero al fin, la *religión y la muerte* los unen en el deseo común de la salvación de sus almas; y mientras Sancho Panza proclama que más quiere un solo negro de la uña de su alma que a todo su cuerpo, y que mejor quiere ir Sancho al cielo que gobernador al infierno, Don Alonso Quijano el Bueno, bendice a Dios porque le ha devuelto el juicio libre y claro, sin sombra de los errores que en él pusieron los detestables libros de caballería; no le pesa sino que el desengaño ha llegado tan tarde que no le deja tiempo para hacer alguna recompensa, leyendo otros que sean luz del alma, y quiere morir de modo que no se confirme en su muerte la locura de su vida.

Veamos ahora como un aprendiz de poeta intentó retratar a nuestros Personajes en un mal llamado «Tríptico de Sonetos».

I

A DON QUIJOTE

SONETO

Con toda tu virtud y tu talento,
Encadenó tu corazón la fama,
Y, al perturbar de tu razón la llama,
Te dió sin par y fiero atrevimiento.

Todo noble ideal, sublime intento
O empresa justa, tu valor inflama,
Dispuesto a dar, por Dios y por tu Dama,
Hasta el último soplo de tu aliento.

Mas ¡ay!, que siendo débil tu armadura,
Ficción tu amor, ensueño Dulcinea,
Y sombras tu prudencia y tus corduras...

El sabio encantador, con su malicia,
Lo gloria te robó de que se vea
Restaurada en el mundo la justicia.

II

A SANCHO PANZA

SONETO

Dejaste el propio por extraño oficio
Para alcanzar honores y riqueza,
Y sufriste dolor, hambre y tristeza
De tu loca ambición en el servicio.

Ansiaste del Poder el ejercicio,
Soñando con la gula y la pereza;
Y al contemplar hambriento la grandeza,
Viste que es, más que gloria, sacrificio.

Conque honrado y solícito escudero,
Fuiste gran socarrón y malicioso,
Al par que muy gracioso mentecato;

Más tu nombre será imperecedero,
Que al dejar tu gobierno victorioso
Igualaste en virtud a Cincinato.

III

A DULCINEA

SONETO

Eres, Aldonza, en boca de Sanchuelo,
Hombruna y zafia moza labradora,
De recia voz, de fuerza arrolladora,
Cargados hombros y encrespado pelo.

Píntala don Quijote como un cielo
De belleza sin par, encantadora,
Alta Princesa o Principal Señora
De honestidad y de virtud modelo.

Mas aunque Sancho, con razón, se ufana
De estar más acertado en tu pintura,
Bendigo, Dulcinea, tu memoria:

Sin tu ideal belleza sobrehumana,
Ni entrara Don Quijote en aventura
Ni escalara la cumbre de la gloria.

V I

«El Quempis» y «El Quijote»

El estudio que acabamos de hacer nos enseña, a poco que ahondemos y reflexionemos, que si suprimimos las exageraciones en que incurren constantemente Don Quijote y Sancho—perdonadme si os molesta la afirmación, pues mi ánimo no es molestar a nadie,—todos nos encontramos retratados en ellos, como si cada uno de nosotros lleváramos dentro un Sancho que nos incita a la sensualidad, que busca el positivismo grosero y el egoista deleite de los sentidos, y un Quijote ansioso de practicar el bien y de hacerse inmortal persiguiendo los altos ideales de la justicia y de la perfección.

No es otra, en mi sentir, la causa de que, siendo el Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha una obra de circunstancias, publicada con el fin, que logró a maravilla, de poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías, se haya convertido en obra universal e inmortal.

El genio creador de Cervantes, víctima de continuados fracasos, busca la gloria militar y encuentra las mazmorras de Argel; persigue la riqueza en los negocios y da con sus huesos en la cárcel; anheló alcanzar la gloria en el teatro y le cerró el paso Lope de Vega... Por fin, desengañado de que corría en vida vanamente tras la felicidad, siempre esquiva, en la plenitud de su vigor mental, sintió en toda su magna grandeza el espectáculo que ofrece esta corriente desbordada de la humanidad, marchando frenética tras el fantasma de la dicha por este gran cauce que llamamos la tierra, y exclamó para sí: «la vida es locura». Y sin más héroes que un caballero loco y un zafío palurdo no más cuerdo, la admirable compenetración de los inapreciables tesoros de una fantasía fecundísima y de una cultísima inteligencia realizó *el milagro de hacer inmortal la exaltación personal caballeresca y la exageración de los sentimientos groseros*.

Don Quijote y Sancho, hablando en razón y obrando como locos, son lección viva y alto ejemplo que pone de manifiesto esa *locura de la vida* tal como suele vivirla la cordura habitual del hombre que sólo se rie de la locura de los demás cuando se diferencia de la suya en algún accidente jocoso, como la vara apetejada de Sancho o el mohoso lanzón de don Quijote.

Esta filosofía, es cierto, no se predica en el Quijote; pero se desprende y deduce de todo él con claridad meridiana, y es realmente maravilloso

que por tan diferentes caminos y tan opuestos estilos, las dos obras maestras, las que después de la Biblia, rico tesoro de la verdad revelada, han obtenido mayor número de ediciones en todos los idiomas, las dos obras cumbres de la inteligencia humana, *el Quempis* y *el Quijote*, desarrollan esencialmente la misma tesis y llegan a idéntica conclusión: La vida que vivimos es locura: vanidad de cosas vanas y todo vanidad, si no es amar y servir a Dios.

VII

Los genios juzgados por los genios.

Pero ¿qué podré yo decir, en conclusión, del *carácter* simbólico de nuestros Personajes? ¿Qué explicar acerca de la hermeneútica, de la interpretación del sentido oculto, de la evolución de los conceptos en la manera de ver y entender «el Quijote» desde su aparición hasta nuestros días, asunto que ha cautivado la atención y sido objeto de las especulaciones de los grandes críticos literarios? Variadísimas y aun encontradas y contradictorias son las opiniones sustentadas en este punto por los más grandes sabios; y sería en mi pretensión archirridícula la de llevar hierro a Vizcaya y audacia intolerable la de querer hombrearme con los más eminentes críticos. Los genios deben ser interpretados y juzgados por otros genios y no por pigmeos despreciables: ¡a un Don Miguel de Cervantes Saavedra, un don Marcelino Menéndez y Pelayo!

Don Quijote representa como nadie—dice el gran polígrafo,—la eterna aspiración humana a la grandeza, al poder, a la gloria, a la deificación, en fin, que le hace ser juguete y víctima de sus quiméricas ilusiones y su imaginación calenturienta que le remonta por espacios ideales, buscando la felicidad que se le ofrece en forma de mandrágoras vencidos o soñadas victorias, para encontrar en realidad con el hambre, la sed, los palos, las pedradas, las pateaduras de los toros y de los cerdos, etc., etc.

Sancho encarna el eterno sensualismo grosero y materialista que busca en la satisfacción de los más bajos apetitos y en el goce de los sentidos la misma anhelada felicidad que en avarienta y desvariada fantasía quiere encontrar entre el fango de las bestiales pasiones o haciéndosela vislumbrar en figura de alforjas repletas de manjares o imaginados banquetes de la Insula Barataria, para tropezar al fin en las ilusiones fantásticas de grandezas pesadas, honores insoportables y dignidades peligrosas que, obligándole a renegar del gobierno, le llevan a besar al Rucio con toda la ternura del escarmiento.

Sancho es el Don Quijote de la materia como Don Quijote es el Sancho del espíritu. Corren ambos tras una sombra que los burla, tras esa eterna mariposa de la felicidad terrenal que siempre perseguimos los hombres, seamos Quijotes o Sanchos, por más que, escarmentados una y otra vez, estemos persuadidos de que bajo el dorado polvo de los matices de sus alas, siempre hemos de encontrar el mismo gusano... Pues, como bellamente dijo el grande y malgrado poeta Velarde: Le asemeja quien va tras la fortuna—cuanto más requerida más ingrata,—al cisne que hunde el cuello en la laguna—para alcanzar el disco de la luna,—que en el líquido espejo se retrata.

Don Quijote y Sancho sólo se diferencian en el ideal que los informa, en el impulso que los mueve: la misma ilusión los desvanece y los lleva al ridículo de la desproporción entre los medios con el fin que ambicionan, dejando al descubierto su imprudencia y su locura; y aunque el altruismo del uno y el egoísmo del otro reciben el mismo castigo y desengaño de la malignidad de los hombres, ellos son las dos eternas voces de la humanidad a quienes el genio de Cervantes prestó alientos, sonidos, ecos y palabras que resonarán en la vida mientras la humanidad se dilata en alas del espacio y del tiempo por los dominios de la Historia.

Cervantes acertó a crear, como si Dios le hubiera delegado su poderes para ello, dos figuras de carne y hueso, sangre y nervios, que sin perder un momento el característico sello individual de sus respectivas personalidades, constituyen, por obra y gracia de su propia naturaleza, los dos grandes arquetipos eternos de las dos grandes ideas madres, de los dos sentimientos engendradores que arrastran y empujan a la humanidad en su peregrinación por la tierra; pero que sacados de quicio por las pasiones, constituyen los dos grandes errores y los dos sentimientos lastimosos en que vacilan y zozobran los mejores instintos del hombre; errores y extravíos sólo conocidos y fustigados cuando tocan en el ridículo de la exageración manifiesta, y merecen los apodos de *Quijotismo* y *Pancismo* con que se les conoce en el mundo, por haberles dado nombre, figura, símbolo adecuado y perfecto el feliz ingenio de Cervantes.

Llor eterno y alabanza sin fin y gloria al Príncipe de los ingenios españoles, al autor inmortal de El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, al forjador de caracteres que supo levantar esas dos colosales estatuas que desde todas partes se ven y no pueden dejar de verse en ninguna, que hasta si se cierran los ojos para no verlas, se las ve hermosas, avasalladoras y triunfantes, como eterna lección y perpetuo ejemplo en el espejo de la conciencia... ¡Llor al genio de Cervantes que, con su ciclópea maza, sobre el yunque de la realidad y al fuego sagrado de la inspiración forjó las dos colosales figuras que señalan y marcan con sus pies los dos abismos insondables que se abren a uno y otro lado del camino real de la humanidad.

VIII

Conclusión.

¡Señores Académicos! ¡Padres y madres de familia! ¡Maestros que me escuchais! La ola de positivismo Sancho Pancesco que amenaza inundar la sociedad presente, es sólo comparable con aquella que necesitó para lavarse toda el agua del Diluvio Universal. Mas como esto no ha de repetirse, como únicamente un sano y prudente idealismo espiritualista puede salvarnos, trabajad, afanaos en vuestras respectivas esferas de acción, por hacer Quijotes, hombre de fe ciega y esperanza grande, enamorados de la justicia; pero sin que olviden, como olvidó Don Quijote, estas principalísimas virtudes: la *Caridad*, amor ardentísimo y sumo hacia Dios; y la *Prudencia*, que evitando los extremos, pone en justa proporción y relación los medios con el fin; compenetradas ambas con la *humildad*, para no caer en la sima de la *exaltación personal* en que cayó Don Quijote.

Procurad forjar de los niños de hoy hombres del mañana que en vez de considerarse redentores con el indomable valor de su potente brazo, tomen por modelo y busquen al único Redentor que logró salvar a la humanidad con la fuerza de su amor: que así realizareis cumplidamente la altísima misión educativa, porque El es el Ideal que enfrenando pasiones y apetitos perfecciona la voluntad y da los reflejos de la más alta e intensa luz de divino ideal, que nos fascina y cautiva llenando de rosada claridad los horizontes del alma y de fuego amoroso purísimo el corazón, que se siente capaz de cobijar bajo sus alas las mayores grandezas. Ideal que es a la vez *crisol y moldes* en que se *funden y troquelan* el *heroísmo* y la *santidad*. Así *forjareis* o contribuireis a forjar *caracteres morales, enérgicos, viriles y virtuosos tal cual Dios los quiere y la sociedad los necesita*.

